

política lingüística y glotopolítica lo son en el empleo anterior de Covarrubias, no siempre es así" (p. 152).

He intentado exponer principalmente el contenido del texto de Karmele Rotae-  
txe. Inevitablemente he tenido que señalar, a mi pesar, algunos aspectos mejorables  
del mismo. En él se puede encontrar gran información sobre la sociolingüística. No  
estoy seguro, sin embargo, de que el texto pueda servir de introducción para el pú-  
blico que la autora menciona en la presentación del libro. Mejor dicho, casi estoy se-  
guro de que no, pues, a mi entender, su lectura exige algún conocimiento previo de  
los asuntos que en él se tratan.

Xabier Falcon

(E.U.T.G.)

CARLOS THIEBAUT: *Historia del nombrar. Dos episodios de la subjetividad*.  
Visor, La balsa de la medusa 35, Madrid 1990.

Como el mismo autor menciona al principio de la obra, el libro es el resultado de  
una serie de discusiones filosóficas que versaron sobre el tema tratado en la obra, pro-  
cedente de saberes como son la filosofía del lenguaje y la teoría del significado, la crí-  
tica literaria, la historia del arte, la crítica bíblica exegética, la teología o la filosofía  
moral y política.

La obra aspira a poner en juego la circularidad de la interrogación, circularidad  
que crea el lenguaje de sus respuestas, y que es la médula de la razón moderna. Se es-  
fuerzan en crear un espacio teórico que, al irse desarrollando, va aclarando una vaga  
pregunta inicial, profundizando e ilustrando para ello esa confusión.

El sistema de ese desenvolvimiento se apoya sobre un doble eje: el primero sostie-  
ne que la pregunta por la identidad necesita el concurso de muchas disciplinas y mu-  
chos lenguajes para constituirse como una pregunta significativa, como una pregunta  
cuyo alcance podamos entender; el segundo afirma que la pregunta por la identidad  
implica, a la vez, una interrogación por el presente y una interrogación por la manera  
en que podemos pensar la forma en la que ese presente devino tal. Aquel primer eje  
viene a señalar que sólo aproximaciones radicalmente interdisciplinares pueden  
afrontar ya las lagunas que han ido quedando, tras la constitución académica de los  
discursos, y el segundo nos sugiere, que una de esas lagunas pudiera ser el sentido  
ético del presente.

El presente trabajo se divide en dos partes fundamentales.

La primera parte, "Texto, nombre e identidad", tratará sobre la semántica del  
nombre, las formas del texto y el sujeto, y sobre los momentos del texto. La segunda  
parte, "Historia del nombrar", está a su vez dividida en diferentes capítulos, como  
son *El sueño de Jacob y el nombrar antiguo*, *El perro semihundido y el nombrar moderno*, y  
*La textualidad del sujeto*.

El nombrar no parece ser un mero momento adjetivo en la comprensión del len-  
guaje, sino uno de sus momentos fundamentales, y sobre él se apoyarán multitud de  
perspectivas y problemas.

La historia de las formas del nombrar y del identificarse habrá de indagar también las formas de constitución de los discursos, lo que antes se llamaba su estructura y su función.

Si el nombrar antiguo acontece en una narración que puede ser relatada y reiterada, y al hacerlo actualiza la identidad que nombra, su racionalidad pudiera entenderse como la de algo que acontece cuando es actuado, cuando es referido; el nombrar del relato antiguo acontece cuando el texto se lee en la forma necesaria.

En el nombrar moderno no parece haber texto preexistente al hecho mismo del nombrar. No hay texto que requiera ser leído de una forma dada para que acontezca el nombrar. Nada construye identidad sino aquello vivido, por así decirlo, identificadamente.

Así, las formas del nombrar, del dar un nombre y del recibirlo, pueden ser vistas como formas de construir la propia identidad. Si un texto es el espacio donde acontece el nombrar, la historia del nombrar podrá ser la historia de las construcciones textuales de la identidad.

El capítulo *El sueño de Jacob y el nombrar antiguo* recorre diversos tratamientos del relato bíblico como ejemplos o como emblemas de esa evolución de la forma antigua y el nombrar moderno.

El capítulo *El perro semihundido y el nombrar moderno*, se dedica a la aparición de esa forma de nombrar y de construir la identidad, y de sus relatos.

El último capítulo, *La textualidad del sujeto*, parte de la coartada Montaigne y de su nueva constitución del lenguaje filosófico en el género ensayo, exponiendo algunas reflexiones sobre la construcción narrativa de la identidad en el género autobiográfico, género medularmente moderno.

En la primera parte de la obra, "Texto, nombre e identidad", uno de los capítulos trata de la semántica del nombre a la pragmática del texto.

Según el autor, cuando interrogamos quiénes somos nosotros, o quiénes son otros, parece que buscamos, de entrada, un nombre que fije una identidad, un ser-alguien. Cuando nos interrogamos quiénes somos no sólo buscamos que se nos responda en el orden de "quién", sino también en el orden del "cómo de ese quién", es decir, buscamos respondernos no sólo con un nombre, sino con una identidad en un sistema prefijado de creencias o de signos. Cuando interrogamos quiénes somos requerimos también que se nos hable de una identidad en tanto ubicación en un espacio de significado.

Las posiciones como la de Mill, que defenderían la tesis de que los nombres propios carecen de sentido, de connotación, y que sólo poseen referencia, se basan en el argumento de que esos nombres no se comportan de la misma manera que las descripciones y que, por lo tanto, no pueden identificarse con la connotación.

Tras estas posiciones, las de Frege argüirían que, no obstante, cuando los nombres propios tienen lugar en el seno de proposiciones de existencia deben tener algún contenido conceptual o descriptivo, pues esa proposición no funciona exponiendo un nombre al que vincula luego una afirmación de existencia, sino que por el contrario, expresa un concepto y afirma que es el caso que tal concepto.

Llegamos al trilema de que no parece claro ni que los nombres propios "refieran", ni que "refieran o que connoten", ni que hagan ambas cosas a la vez, el problema ha

tenido dos salidas en las discusiones contemporáneas: una, de la mano del Wittgenstein de las *Investigaciones* y que ha tematizado contemporáneamente Searle, y la otra, que ha significado el retorno a las tesis de Mill por parte de Kripke.

Según Searle, los nombres propios funcionan no como descripciones sino como perchas de las que cuelgan las descripciones.

Para Kripke, los nombres propios carecen de sentido, y refieren y designan rígidamente al referente en todo mundo posible si es que, realmente, han de ser tales nombres propios y no mutables descripciones que pueden cambiarse o falsearse.

En el capítulo "Formas del texto/Formas del sujeto", el autor escribe que la identidad que nos suministra un nombre no es sólo mostrar, como nos recordaba MacIntyre, el quién es alguien por medio de una definición ostensiva, sino el señalar quién es alguien en un lugar determinado, el indicar dónde está cada cual.

Si el proceso de nombrar en el que realizamos el acto de respuesta a la pregunta por nuestra identidad es, por lo tanto, un proceso de ubicación en un texto, las formas de construcción de identidad, que se expresan y ponen en juego por medio del nombrar, podrán también entenderse como formas de ubicación textual.

La ordenación de las formas de construcción de identidad en una historia del nombrar se realiza siempre en función de una interrogación desde el presente, teniendo esa interrogación carácter ético.

En el primer capítulo de la segunda parte, "El sueño de Jacob y el nombrar antiguo", según el autor, si texto y nombre están unidos en una manera de hacer y en una misma temporalidad, están también vinculados de una forma indisoluble en ese ejercicio. En el nombre antiguo existe una como necesidad que le viene dada por la autoidad absoluta con la que le viene ese texto: para el creyente no hay otro espacio de significaciones que el texto sacral, no hay otras lecturas que las ritualmente prescritas; el sentido literal del texto es la totalidad posible del sentido. Así, en el nombrar antiguo ningún nombre puede ser banal.

Si todo nombre exige un texto, lo que con Delacroix se produce (recordemos cuando recoge la historia de Jacob) no será tanto la negación de la textualidad del nombrar mismo, sino que habrá periclitado más bien la forma misma del texto antiguo, la forma misma de su nombre.

Al desvelar la textualidad del *todo* nombrar, la modernidad exige y crea también un nuevo texto. El nombrar moderno descubre el conflicto del hecho mismo del nombrar: un llegar a ser por no aceptar el decir del otro, el decir del texto.

A través del capítulo "El perro semihundido y el nombrar moderno" leemos que tener un nombre es ejercitar una forma de vida. El nombrar antiguo realizaba su inmediatez en la forma cúlrica de la representación en la que se resumía y ejercitaba el acto de nombrar. El nombrar y el ser nombrado no era sólo un ser alguien, sino un ser alguien haciendo algo, un ser alguien por hacer algo.

Si cabe del presente en el análisis del nombrar moderno, ese presente nos aparece como el lugar de construcción de una forma específica de subjetividad. Esa subjetividad era la causa, la condición, de la ruptura del nombrar antiguo, pero también su efecto y su consecuencia porque sólo puede pensarse un yo autónomo cuando su identidad no se basa sólo en el nombre que le suministra un texto incuestionable.

Las formas más complejas de la subjetividad moderna necesitan entenderse y analizarse complementando ese plano con otro segundo: el que se genera en la ya siempre necesaria reflexividad que se constituye en el paso de la representación de un nombre, de un nombrar, a su atribución consciente a alguien de una manera determinada, a su interpretación.

La identidad surge en la coherencia entre un sujeto y el nombre, y se define en un texto a él atribuido en un momento dado y en un sistema de acción determinado. En el nombrar antiguo esa coherencia se daba de manera inmediata en un texto que era también, y a la vez, práctica social y en cuyo ejercicio se solapaban hasta hacerse indistinguibles, sentido y referencia. La identidad generada en el nombrar antiguo era representativa, el sujeto era aquello que era in-textualizado. En el nombrar moderno, esa coherencia del nombrar, del ser y del hacer no es inmediata, se ha dislocado y se ha hecho compleja y reflexiva; puede decirse que la representación al hacerse reflexiva, se ha tornado interpretación y que la identidad moderna será siempre el ejercicio de una interpretación que aparecería como su resultado.

Por último, en el capítulo "La textualidad (autobiográfica del sujeto)" se plantea la idea de que la pregunta por nuestra identidad es, una pregunta por las formas de interacción y por las formas de la textualidad en las que construimos los nombres en relación a los cuales nos constituimos. Pero esa textualidad carece de referentes privilegiados, pues, ni un sistema la define en exclusiva ni existe un canon o un código prefijado de interpretaciones al que acudir y que, como un código de signos consagrados, defina, al menos, el tipo de estructuras en las que los nombres encuentren sus lugares.

La historia de la subjetividad está escrita en la historia de sus textos. Al esbozar una historia al mismo tiempo, esbozamos los niveles de nuestro yo en el presente.

El autor aquí, toma los *Ensayos* de Michel de Montaigne como punto de entrada en nuestra historia. La sincronía de esos textos es quizá su rasgo más llamativo, porque el relato del yo que en ellos se ejerce no pretende ser sino una indagación de la aparición de ese mismo yo y de sus retóricas. Pero no podemos concebir el nacimiento de la subjetividad moderna sólo como un proceso de complejización de los textos y de sus estrategias de significación, pues es necesario introducir en el análisis aquel momento de subjetividad que significa la conciencia reflexiva del "saberse estar siendo". El nacimiento de la subjetividad moderna, el nombrar moderno, aparece a la vez que los relatos del yo en las sociedades que, como la española, se ven profundamente escindidas en la esfera de su autocomprensión por la inadecuación de las formas antiguas del nombrar a las nuevas demandas de la integración de la sociedad.

La conciencia de la textualidad del yo ha provocado una reacentuación del momento discursivo del estilo autobiográfico frente al momento del relato histórico de la formación del yo que dominó.

Hay una distancia entre el yo que escribe y el yo del relato. Esa distancia tiene, entre otras, la forma de una desidentificación, de una distancia pragmática, distancia que no se acalla en ningún símbolo identificador. En esa distancia pragmática entra el hecho de decir y lo dicho está el espacio donde se construye mi textualidad compleja.

Finaliza la obra escribiendo el autor que el género autobiográfico, concretamente, puede ser analizado como un lugar textual privilegiado de la construcción consciente de la práctica social de subjetivación.

A. Beola